

fila entre esos hombres que defendían la Iglesia contra los ataques del mismo clero, á Jaime Zallinger y al infatigable Feller. Feller es el genio del trabajo unido á la mas viva inteligencia y á una erudición vastísima. Muéstrase historiador, filósofo, geógrafo, teólogo y controversista. Cual si fuese una enciclopedia humana, da á luz inspiraciones, sin tomarse tiempo siquiera para dar un colorido al pensamiento. Protegia la Bélgica su patria contra las usurpaciones de José II; defendía los derechos de sus conciudadanos, enseñándoles á oponerse á las innovaciones tiránicas; y según el testimonio de Mr. de Gerlache, historiador moderno de los Países Bajos, los escritos de Feller ejercieron una grande influencia sobre el Congreso belga de 1790. Este Jesuita fue el jefe de la cruzada contra las doctrinas de José II y del obispo Juan Nicolás de Hontheim; mas conocido con el pseudónimo de Febronius; pero en esta guerra de la unidad contra las innovaciones Feller encontró poderosos auxiliares entre sus antiguos hermanos del Instituto. Batían la Iglesia en brecha, ora por medio del sarcasmo, ora por medio de sistemas engañosos; los PP. Pedro de Doyar, Ghesquier, Navez, de Saive y Corneille de Smet lanzáronse audazmente á la lucha teológica, y se distinguieron en ella por una polémica tan viva como sensata. Esos Jesuitas defendían la autoridad en el punto atacado; otro Jesuita, el P. Zaccaria, viene del fondo de la Italia á ofrecer al catolicismo un concurso, que corta la cuestion en favor suyo. Zaccaria habia sido el amigo de Benedicto XIV y de Clemente XIII. El mismo Clemente XIV le queria, y Pio VI tenia puesta en él toda su confianza. Zaccaria no permanece indiferente ante el peligro de la Iglesia. Combatió y refutó con tanta energía á Febronius, que Nicolás de Hontheim, convencido de sus errores, tuvo suficiente valor para confesarlos.

Capitani de Mozzi, Berthier, Panizoni, Daguét, Budardi, Griffet, Baudrant, Minetti, Beauvais, Couturier, Champion de Pontalier, Juan Grou y Stark acaban en el mundo donde han sido confinados las obras ascéticas que dan una piadosa celebridad á sus nombres. «Si encontrábais, dice Chateaubriand¹, un eclesiástico anciano, lleno de saber, de talento, con el tono de la buena sociedad y los modales de un hombre bien educado, os sentiais dispuestos á creer que ese anciano sacerdote era un Jesuita.» Este reinaba todavía en el pensamiento del cristiano. Dominaba

¹ Misceláneas de Chateaubriand.

por la sencillez de sus virtudes, y se hacia amar por las gracias de su talento, por la exactitud de sus ideas, y por su urbanidad. El Instituto no tenia ya en sus filas Laynez, Belarmino, Petau y Bourdaloue; la decadencia del espíritu literario del siglo XVIII se habia hecho sentir hasta entre los discípulos de Loyola. No aventajaban á sus predecesores en genio y en elevacion de ideas; pero esos escritores que experimentaban á su pesar los efectos de la decadencia, contra la cual lucharon por tanto tiempo, mostrábase todavía buenos oradores é historiadores, filósofos y críticos, eruditos y literatos.

Berthier marcha al frente de aquellos que, á pesar de la proscripción, prosiguen en sus trabajos. Ha redactado con tanto lustre el *Diario de Tréveris*, se ha mostrado tan temible por sus conocimientos y su moderacion, que neutraliza los ultrajes con que se esfuerzan los filósofos en hacer olvidar su nombre. Berthier es el continuador de la *Historia de la Iglesia galicana* del P. Longueval; mas su talento como analista en nada rebaja sus cualidades como filósofo. Gabriel Brottier, lo mismo que los otros Jesuitas, consagra al estudio el resto de su vida. Arqueólogo, químico y médico, adquiere por su edicion de Tácito y por sus otras obras una reputacion mas sólida que brillante, que el tiempo no puede debilitar. Buttler, Morton y Stukeley, catedráticos de la universidad de Oxford, animan al Jesuita en sus trabajos. Los PP. Desbillons, el último de los romanos; Buenaventura Girandeaú, Lenoir Duparc, Coster, Lorenzo Paul, Feraud, Teodoro Lombard, José de Poncol, Cunich, du Hamel, Blanchard, Ivo de Querbœuf, Miguel Koricki y Corret, se hacen útiles á su patria con obras instructivas y morales. Grosier reemplaza en el *Année littéraire* á ese temible Freron, que la Compañía de Jesús formó en su seno, y que mutilado por Voltaire, se hace grande al presente en la memoria de los hombres como uno de esos atletas de la crítica á quien no han podido matar los rencores del genio. En el mismo instante que un Jesuita se apoderaba de la herencia de Freron, otro Jesuita, que hará la fortuna del *Journal des Debats*, el P. Geoffroy, comenzaba su carrera en aquel periódico. Claudio de Marolles, Reyre, Roissard, de Bulonde, Ricardo Trento, Pellegrini, Saracínelli, Venini, Masdeu, Wurz, Merz, Larras y Winkelkofer, fueron los oradores mas estimados de su época. Miguel Denis llega á ser el poeta de la Alemania. Amigo de Klopstock, Schiller, y

Goëte, tendiendo cual ellos á una regeneracion literaria, populariza con sus versos y su Ossian el idioma nacional en Austria. Es consejero áulico y director de la biblioteca imperial de Viena. Volpi y Santi, Granelli y Lagomarsini, no alcanzaron la extincion de la Compañia: poetas ú oradores, precedieron al Instituto en el sepulcro. Bettinelli y Tiraboschi les reemplazan en la gloria que acompaña á las obras del talento. El segundo compone su *Historia de la literatura italiana*; Andrés abraza un cuadro mas extenso, y escribe su *Historia del origen y progresos de la literatura*. «La Orden de los Jesuitas, dice el anglicano Coxe¹, poseia en la época de su expulsion de España muchos literatos, sabios y matemáticos distinguidos. En todos tiempos serán gratos á las letras los nombres de Andrés, Arteaga, Eymérich, Borrell, Colomes, Eximenos, Isla, Lampillas, Lasala, Masdeu, Montengon, Nuix y Serrano.»

El caballero de Azara, este diplomático cuyo talento de conversacion es tan conocido como su amor á las artes, habia contribuido con todo su influjo á la destruccion de la Compañia de Jesús; y sin embargo, en Roma se honraba en recibir en su palacio á Andrés, Requeno, Ortiz, Clavigero y Arteaga. Sus talentos le hacian olvidar entonces sus prevenciones filosóficas; porque, como continúa diciendo el Historiador anglicano: «Durante la permanencia de los Jesuitas españoles en Italia, un considerable número de entre ellos cultivaban con distincion las ciencias y las letras. Las bibliotecas públicas se veian frecuentadas por esos hombres sedientos de instruccion, y á quienes la desgracia impelia mas vivamente á que se consagrasen á esa ocupacion consoladora. Las academias y hasta los teatros resonaban con sus discursos y sus obras. Depositaban en los periódicos literarios el fruto de sus continuas investigaciones; y fuerza es confesarlo para su gloria, sus discusiones tenian por objeto las mas de las veces vengar el honor de esa misma patria, de la cual acababan de ser tan inhumanamente desterrados, de los asertos virulentos de algunos literatos italianos, que miraban con desprecio la riqueza y la gloria de la literatura española.»

Lo que refiere Coxe de los Jesuitas desterrados de la Península, puede con igual título aplicarse á los Padres de todos los países. Vivian todavía Hobrizzobfer, Cordara, Reiffemberg y Nicolás Murs-

¹ *La España bajo los reyes de la casa de Borbon*, tomo V, pág. 29.

ka; Bercastel componia su *Historia de la Iglesia*; Guerin du Rocher la *Historia verdadera de los tiempos fabulosos*, y Francisco de Ligny la *de la Vida de Jesucristo*. En la misma época Estanislao Naruszewicz, poeta lírico y prosista, daba la última mano á su *Historia de Polonia*. Daniel Farlati pone en claro el caos de las antigüedades de Iliria, y bajo el título de *Illyricum sacrum*, eleva un monumento, cuyo mérito y grandeza encomiaron los autores protestantes de las *Actas de Leipsick*. Laugier traza la *Historia de Venecia*; Kaprinai escribe por orden de José II los *Anales de Hungría*, que desarrolla el P. Jorge de Pray; Lanzi se hace á la vez narrador, anticuario y poeta; Schwartz publica sus *Collegia historica*; Burriel redacta su *Tratado de la igualdad de los pesos y medidas*; Walstelein publica su *Descripcion de la Galia Belga segun las tres edades de la historia*; Velly, Millot, Duport-Dutertre, antiguos Jesuitas; Manuel Correa, Javier Panel, Nicolás Schmidt, Marcos Hansitz, José Biner, Hartzheim, Schall y Benedetti se ocupan en restablecer los anales de los pueblos, hojeando los antiguos manuscritos, estudiando las medallas ó la jurisprudencia eclesiástica. Guillermo Bertoux narra la *Historia de los poetas franceses*; Legrand de Aussy reune sus *Poestas* de los siglos XII y XIII, y escribe la vida de Apolonio de Thyane; Juan Masdeu comienza en Italia la historia de su país. Luis Jacquet, una de las lumbreras científicas de Lyon, da á la academia y al foro reglas de buen gusto, de jurisprudencia y de probidad literaria, mientras que Georgel¹ redacta sus *Memorias*, y que Gusta compone las del marqués de Pombal, obras de partido en que no pocas veces la pasion ocupa el puesto de la verdad.

La caridad de los Padres de Buenos-Aires hizo Jesuita á Tomás Falkner, cirujano inglés, á quien la muerte iba á herir en aquellas remotas playas. Debe su existencia á la Compañia de Jesús, y se la consagra. El Anglicano se hace misionero católico, y después, cuando ya no le es permitido evangelizar á los salvajes, vuelve á Inglaterra, donde describe la Patagonia. Morcelli, el maestro de la epigrafía, determina los principios de la inscripcion

¹ En el momento de la extincion de la Compañia, Georgel se unió y quiso seguir la suerte del cardenal Luis de Rohan. Siguióle en 1772 á Viena en calidad de secretario de embajada; su afecto al Cardenal hizo que se manifestase injusto con la reina Maria Antonieta acerca el asunto de Collier, y en 1802, después del Concórdato, el primer Cónsul le ofreció un obispado, que rehusó.

monumental; Coletti, Limeck, Haiden, Routh, Oudin, Patouillet, de Menou, Dobrowski, Fontaine, Rössi, Domarion y Thmlen¹ resucitan, cada uno en honor de su patria y del lugar de su destierro, las tradiciones y acontecimientos que ensanchan el círculo de los estudios históricos.

Los Jesuitas consumieron sus postreros dias en este continuo sacrificio á la humanidad y á la ciencia. Habian honrado su Instituto con trabajos tan variados como la imaginacion, al par que otros lo ilustraban por su nacimiento y por los nombres célebres que llevaban. No le faltaron en el siglo XVIII los hombres de piedad, de saber, de inteligencia, y de abnegacion apostólica, que tan vivos resplandores habian derramado sobre los dos primeros siglos de la Compañía. Entonces como en otro tiempo contaba entre sus filás los herederos de cien nobles. Algunos años antes de su extincion habia entre los discipulos de Loyola los PP. Gabriel de Clermont, José de La Ferté, Francisco de Scedorf, Vicente de Serrant, Gilberto de La Chatre, Spinola, Armando de Montesquieu, Dudon, Corradini, Francisco de Armaillé, cuatro Fleuriu de Arnonville, Antonio de Beauvilliers, Olivieri, de Kerivon, Renato y Felipe Descartes, Gabriel de Kergariou, de Fegeli, du Botderu, de Fontenelle, Sagromoso, de Blainville, Antonio de La Boësiere, Francisco de Hamal, Saint-Gilles, de Bordigne, Francisco de Coëtlogon, tres La Grandville, Radominski, Hervé de Montaignu, de Voisvenet, Bonneuil y Tanneguy du Chastel.

Estos Jesuitas habian descendido al sepulcro cuando la Compañía tenia que luchar con la adversidad; pero otros descendientes de familias nobles llevaron su duelo á paises remotos. Viéronse entre esos desterrados en nombre del honor nacional los PP. Idiaquez, duque de Granada, Nicolás y José Pignatelli de Fuentes, Raimundo de Aguirre, Pedro de Céspedes, Salazar, Cayetano del

¹ Nacido en Gothemburgo en 1746, Thmlen se encontraba en Cádiz en el momento en que llegaron á esta ciudad los Jesuitas de Méjico. Iban á ser deportados á Italia, y se embarcó secretamente con ellos, participando de sus privaciones en el mar y de su cautiverio en la isla de Córcega. El comandante francés en Ajaccio le deja en libertad, y se le propone un rico matrimonio; mas Thmlen, á quien ha conmovido la resignacion de los Jesuitas, solicitaba el favor de compartir con ellos sus miserias. Envíale al noviciado de Bolonia, donde pronuncia sus primeros votos, y después de la extincion se dedica á los estudios históricos y morales, en los cuales supo distinguirse.

Giudice, Sandóval, Iturriaga, San Esteban¹, Zúñiga, Caracciolo, Javier de Luna, Parada, Pallavicino, José Gravina, Juan de Guzman de Arcos, Jaime de Cámara, Francisco de Portugal, Rodríguez de Mello, Timoteo de Oliveira, Manuel de Acevedo, Federico Pallavicini y Mendoza.

La Alemania, la Francia, la Polonia y la Suiza dieron, lo mismo que la España, Portugal é Italia, su contingente de nombres ilustrés á la Compañía de Jesús. Ora són los PP. Ignacio de Wrede, Federico de Reiffenberg, Leopoldo Apfalter, Alberto de Diesbach, Odiltz, de Wulfen, Sigismundo de Hohenwart, Esteban Michacz, Juan Sainovicz, José de Hubert, Antonio de Sonnenberg, Enrique de Baring, Gerónimo de Wymar, Juan Pezytuski, Fernando de Hexthausen, Benislawski, Estanislao Kanowski, Naruszewicz, Carlos Palma, Casimiro Swirski y Popiel. Ora Francisco Dufort, Luis de Grosbois, Guillermo de Resseguier, seis Ville-neuve, de Noë, de Reissac, de Monteil, Estanislao de Beaumanoir, de Sinety, de Montégut, de Saint-Jean, de Pontevés, de Matha, de Coriolis, de Montepin, de Gueydan, de Castellane, de Champagny, de Savignac, de Vaubonne, de Choin, de La Tourriette, de Vertrieu, de Saint-Germain, de Beaupré, de La Peyrouse, de Châteaubrun, de La Condamine, de Vaoujours, de Courcelles, Riperto de Monclar, de Châteauneuf, de Seguiran, de Montgenet, de Villette, du Fougerais, de Portula, de Montjustin, du Chatellard, Noyelle, Gantheaume, Juan Bautista Portalis, Tharin, Courvoisier, de Serres, Alberto de Rhodes, Montmejan, de Fumeron, Jorge de Colgrave, de Fournel, de Camus, La Valette, de Reals, Champion de Cicé-Nilon y Cicé de Pontalier, Lascaris, de La Fay, Fabricio Caraffa, Mattei, Grimaldi, Juan Strozzi, Carlos de Brignole, Visconti, Durazzo, Rospigliosi, Rezzónico, Jaime Belgrado, Nicolás y Juan Tolomei, César de Cordara, Roberti, José de Médici, de Mozzi, Granelli, Pellegrini, Muzarelli, Tadeo Nogarola, Delci, de Cardito, Riccati, Litta,

¹ El P. San Esteban, descendiente de una de las familias mas antiguas de España, se hizo francés. Fue agente general del clero, y habiendo entrado después en la Compañía de Jesús, solicitó y le fue concedida la mision de las Indias. Hallóse en Pondichery en lo mas recio de la guerra de 1760 entre los franceses é ingleses, y en union con el P. Lavour proporcionó muchas veces socorros al ejército del conde de Lally. El Bearne envió al Jesuita á los Estados generales, é hizo parte de la Asamblea constituyente.

Calini, Guido Ferrari, Oddi, Ghisleri, Albergotti, Marsili y Doria.

La Compañía de Jesús predicaba, instruía y escribía, apoyándose, por decirlo así, en estos nombres, célebres en la Iglesia, en la guerra, en la magistratura, en la diplomacia y en las cortes. Al calumniar sus doctrinas, al deshonorar su pasado y su porvenir, se quiso persuadir á la Europa que cada una de esas ilustres familias, lo mismo que en el mas humilde hogar, se encontraban naturalezas bastante pervertidas para renunciar á las riquezas, á la felicidad y á la gloria ó á la oscuridad, á fin de consagrarse á corromper la especie humana. Los parlamentos y los reyes de la casa de Borbon condenaron la Compañía de Jesús, sin pensar en que se acusaban á sí mismos en sus familias, en sus mas fieles súbditos, ó en las glorias de su patria. Declararon que el Instituto de Loyola era peligroso para la Iglesia, las monarquías y los pueblos; mientras que todos aquellos Jesuitas, cuyos antepasados habian glorificado su país, cuyos parientes iban á combatir por los tronos, proclamaban con la santidad de su vida la prevision de los filósofos, el error de la justicia, y la ceguedad de los príncipes.

CAPÍTULO XXXVIII.

Los Jesuitas en Prusia y en Rusia. — Federico II los conserva en sus Estados, á pesar de los filósofos y de Clemente XIV. — Se opone á la publicacion del breve *Dominus ac Redemptor*. — Carta inédita de Federico al abate Columbini. — Su correspondencia con de Alembert. — Sus confesiones en favor de los Jesuitas. — Cólera de los filósofos. — Federico II toma medidas conservadoras con el P. Orloski. — Catalina II y los Jesuitas de la Rusia Blanca. — Quieren secularizarse. — El P. Czerniewicz y el colegio de Polotsk. — Los Jesuitas piden permiso para retirarse, á fin de obedecer al Papa. — La Emperatriz se lo niega. — Alcanza del Papa que subsistan en Rusia los Jesuitas. — Towianski, sufragáneo del obispado de Wilna, y los Católicos acusan á los Jesuitas de desobediencia al Papa. — Consultan á Pio VI. — Respuesta de este. — Breve dirigido á Siestrzencewicz, obispo de Mohilow. — La corte de Roma le concede toda especie de supremacía sobre las Órdenes religiosas. — Oscuridad calculada, ó mal explicada de dicho breve. — El obispo de Mohilow se sirve de él para autorizar un noviciado de Jesuitas bajo los auspicios de la Czarina. — Su pastoral. — El nuncio Archetti y el ministro ruso, conde de Stackelberg. — Notas que mediaron. — Adhesion secreta de la Santa Sede. — La emperatriz Catalina y los Jesuitas. — Su política. — El príncipe Potemkin y los Jesuitas. — El obispo de Mohilow quiere ser jefe de la Compañía. — Potemkin protege á los Jesuitas. — La Emperatriz declara que los Jesuitas vivirán en sus Estados bajo su antigua Regla. — Les autoriza para que nombren un vicario general perpetuo. — Eleccion del P. Czerniewicz. — Embajada del antiguo Jesuita Benislawski á Roma. — Carta de Catalina al Papa. — Posicion embarazosa de Pio VI. — Aprueba de palabra la renaciente Compañía de Jesús. — Aumento de la misma. — Muerte de Czerniewicz y eleccion de Lenkiewicz. — Los PP. Gruber y Skakowski llamados á la Corte. — El duque de Parma quiere restablecer los Jesuitas en sus Estados. — Llegada de los Jesuitas. — Muerte de Catalina. — Pablo I toma bajo su proteccion á los Padres. — Muerte de Lenkiewicz. — El P. Kareu vicario general. — Carácter del emperador Pablo I. — Su amistad á los Jesuitas, y el P. Gruber. — Retrato de Gruber. — Eleccion de Pio VII, favorecida por el Czar. — Gruber en correspondencia con Bonaparte. — Influjo del Jesuita. — El emperador Pablo pide al Papa un breve que reconozca la existencia del Instituto. — Publicacion del breve. — Muerte de Pablo I. — Congregacion del Sagrado Corazon. — Los Paccanaristas y el P. Panizoni. — Los Paccanaristas se hacen admitir en el Instituto. — El emperador Alejandro en el convento de los Jesuitas. — Muerte del P. Kareu. — Eleccion de Gruber. — Los Jesuitas enviados á organizar las colonias del Volga. — Mision del P. Angiolini en Roma. — El emperador de Austria Francisco II, y los reyes de Cerdeña y